

FLUJOS Y LUGARES. ALGUNAS CONSECUENCIAS ESPACIALES DE LA NUEVA ECONOMÍA

VICTORIANO SAINZ GUTIÉRREZ*

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadkas.com>)

Este artículo plantea algunas reflexiones sobre el modo en que los procesos globalizadores están incidiendo en la territorialización de lo urbano. A partir del impacto de las nuevas tecnologías en las ciudades se intentan esbozar algunas consecuencias espaciales de la nueva economía, poniendo de relieve los fenómenos de dispersión urbana en que vivimos inmersos. En ese contexto se examinan algunas respuestas dadas al problema de la relación entre los lugares y los flujos por el nuevo urbanismo de las redes.

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadkas.com>)

Palabras clave: nueva economía, flujos de información, ciudad, territorio, lugares y no lugares.

HASTA HACE tan sólo unas décadas los planificadores urbanos consideraban un hecho incontrovertible que las actividades económicas estaban vinculadas de manera determinante al suelo y que en esa vinculación residía su significación urbano-territorial. Geógrafos y economistas habían elaborado diversas teorías para explicar la lógica según la cual esas activi-

dades se localizaban sobre el territorio y contribuían a conformarlo, dotándolo de una determinada estructura. Sin embargo, las recientes transformaciones provocadas por la evolución de las tecnologías de la información han llevado a algunos autores a pensar que nos estamos encaminando hacia una economía desligada de los territorios concretos, indiferente a los lugares y sólo de-

* Victoriano Sainz Gutiérrez es profesor titular de Urbanismo y Ordenación del Territorio de la Universidad de Sevilla.

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadkas.com>)

pendiente de los flujos. La cuestión es más compleja de lo que puede parecer a primera vista y ha generado un amplio debate; al respecto, comparto la opinión de todos aquellos que piensan que el tema necesita ser analizado desde ópticas disciplinares diversas, por cuanto se trata de un fenómeno multidimensional. Como el asunto ya ha dado lugar a una amplísima bibliografía, en la que se sostienen posiciones no sólo diversas, sino en ocasiones diametralmente encontradas, aquí sólo pretendo, sobre la base de algunas de esas referencias bibliográficas, presentar algunas reflexiones en torno al significado de la interacción entre tecnología, sociedad y espacio en la construcción de los nuevos territorios urbanos, con especial referencia a los espacios dedicados a la actividad empresarial.

GLOBALIZACIÓN Y NUEVA ECONOMÍA

CIERTAMENTE, es ya casi un tópico afirmar que las nuevas tecnologías de la información, puestas a punto en la segunda mitad del siglo XX —a través de un *iter* que iría desde la inven-

ción del circuito integrado en 1957 hasta la comercialización del primer navegador fiable de Internet en 1994—, han provocado una verdadera revolución, con un impacto social, económico y cultural comparable al que tuvo la Revolución Industrial. “Globalización” es el término —a la vez eslogan y concepto— que se ha impuesto para caracterizar la nueva situación; así es frecuente oír hablar de “economía global” o de “ciudad global” para referirse de manera sintética al modo en que los cambios tecnológicos han ido figurando nuestro mundo. Para autores como Castells, la globalización respondería a un momento del proceso histórico de mundialización cuya novedad estriba en que la economía, dentro del contexto de lo que han denominado el “modo de desarrollo informacional”, es capaz de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria¹. Eso no significa, claro está, que nos encontremos ante una economía planetaria —es decir, que abarque todos los procesos económicos del planeta—, sino más bien que sus efectos afectan a todo el planeta.

Esa nueva economía de alcance planetario resulta posible gracias a la existencia de redes complejas, a través de las cuales discurren los flujos de información que permiten a los actores económicos interaccionar a distancia. Es justamente en ese contexto en el que se ha podido sostener que

los mercados geográficamente localizados estarían dejando paso a las redes electrónicas globales, dentro de un universo cada vez más desmaterializado —es decir, más digitalizado—, en el que la mercantilización ya no alcanza sólo a los bienes que producimos, sino también a las relaciones humanas mismas: como ha escrito Rifkin, en la incipiente era del acceso “la esfera comercial amplía su alcance y profundiza su penetración en prácticamente cualquier aspecto de la existencia humana”². Mediante ese proceso de monetarización creciente estamos probablemente asistiendo al establecimiento de una dominación económica que aspira a absorber las restantes dimensiones de lo humano. No en vano “la globalización posibilita eso que sin duda estuvo siempre presente en el capitalismo, pero que se

mantuvo larvado durante la fase de su domesticación por la sociedad estatal y democrática: que los empresarios, sobre todo los que se mueven a nivel planetario, puedan desempeñar un papel clave en la configuración no sólo de la economía, sino también de la sociedad en su conjunto”³.

Los cambios propios de este proceso, que Beck ha denominado “globalismo”, son múltiples y afectan a todos los ámbitos de la vida; es más, están cambiando nuestro modo de vida y nuestros hábitos sociales. El mundo se vuelve progresivamente más incierto por cuanto el incremento de la velocidad de los acontecimientos, en un mundo cada vez más abierto, dificulta cualquier capacidad de previsión por parte de los sujetos singulares⁴. Una de las consecuencias de esta nueva inabarcabilidad resulta ser que las tradicionales diferencias entre ricos y pobres se van superponiendo a las que de manera creciente distinguen a quienes están conectados a las grandes redes globales de quienes están desconectados de ellas. Y es que una vez más se confirma que quien tiene la información tiene el poder, también el poder eco-

450

nómico. Por eso no tiene nada de extraño que, a medida que van quedando al descubierto las contradicciones de un fenómeno que fue saludado por algunos como la panacea para todos nuestros problemas, crezca el número de voces que nos alertan sobre los peligros del mismo; en tal sentido se han pronunciado, sin ir más lejos, algunos miembros del consejo editorial de esta revista. Así, recientemente Alejandro Llano advertía que “ya han pasado los días del entusiasmo indiscriminado y poco reflexivo por la mundialización” y Rafael Rubio de Urquía señalaba que “reconducir radicalmente el proceso de globalización antes de que sus efectos sean devastadores es necesario y posible”⁶.

No parece que las nuevas tecnologías operando en un mundo globalizado vayan a resolver sin más los desajustes y las diferencias que existen entre quienes tienen y quienes no tienen acceso a los flujos en los que se intercambia la información; al contrario, es muy posible que esas diferencias aumenten. De ahí que, sin ceder a posturas maximalistas que a nada conducen —o, más exactamente, que sólo llevan a

convertir la globalización en un nuevo “mito”—, se vaya imponiendo la necesidad de profundizar en el significado de lo que sucede; al fin y al cabo, ¿no es a la construcción de una sociedad del conocimiento a lo que continuamente se nos convoca desde diferentes instancias políticas y culturales? Sólo en la medida en que mejor muestra comprensión de la realidad en que nos movemos, estaremos en condiciones de tomar las decisiones adecuadas, es decir, aquellas que posibiliten que el enorme potencial que las tecnologías de la comunicación encierran, contribuya a la construcción de un mundo realmente más humano, que consecuentemente redunde en beneficio de todos y no solamente de unos pocos. Y entre los aspectos en cuyo conocimiento es necesario avanzar se encuentran sin duda las implicaciones espaciales de los fenómenos económicos globalizadores.

LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS Y SU IMPACTO EN LA CIUDAD

CON independencia de que aceptemos o no la hipótesis según la cual nos encontraríamos inmersos

en el proceso de formación de una nueva sociedad –que supuestamente llevaría consigo la aparición de una nueva forma de ciudad, la que Castells ha denominado “ciudad informacional”–, resulta evidente que el impacto de la globalización y la telemática en la configuración de la ciudad y el territorio está siendo notable.

A la vista de la capacidad, asociada a las nuevas tecnologías, de llevar a cabo un número creciente de actividades con independencia de su localización física, algunos estudiosos de lo urbano han postulado que en el nuevo contexto tecno-económico las ciudades estarían abocadas a perder su papel central en la organización de la vida económica. Ya a comienzos de la década de los 60, Melvin Webber había observado que la dispersión espacial característica del modelo de los asentamientos urbanos norteamericanos “parecía ser la correspondencia urbanística de una cadena de desarrollos tecnológicos que permitían la separación espacial de individuos fuertemente relacionados. (...) Por lo menos a escala territorial –señalaba– es claro que la proximidad económica y social no depende

de la proximidad espacial”⁷. Para este autor “es la interacción, y no el lugar, lo que constituye la esencia de la vida urbana”⁸; en consecuencia, las nuevas tecnologías llevarían a reemplazar el espacio urbano tradicional por el “reino urbano sin lugar preciso” (*non-place urban realm*): lo que se acercaba, según él, era precisamente la *post-city age*.

Sin embargo –y a pesar del “réquiem por la ciudad” entonado por no pocos autores⁹–, no parece que el espacio electrónico vaya a ser capaz de sustituir al espacio físico¹⁰. La economía digital es ciertamente una economía de flujos, pero la experiencia ha demostrado que su desarrollo ha potenciado los centros de negocios de grandes ciudades como Nueva York, Londres, Tokyo, París, Frankfurt, Amsterdam, Los Ángeles o Hong Kong, y también de otras como Sao Paulo, Buenos Aires, Bombay, Taipei o Ciudad de México, que ya se han incorporado a una nueva geografía de la centralidad a nivel mundial¹¹. El auge de esas ciudades tiene que ver con el crecimiento de los centros direccionales de las multinacionales de alto nivel, que aunque hi-

452

potéticamente podrían haber situado sus oficinas en lugares menos congestionados y en los que el precio del suelo fuera menor, han seguido prefiriendo los distritos comerciales céntricos de las grandes aglomeraciones metropolitanas para la instalación de sus sedes centrales. Y es que, como recordaba Peter Hall¹² estudios recientes han puesto de manifiesto que las telecomunicaciones disparan también la demanda de contactos personales, que vienen favorecidos por la concentración de las grandes empresas en un mismo lugar físico. Asistimos así a un proceso simultáneo de dispersión y concentración en las grandes ciudades —dispersión de las oficinas en que se ejecutan los trabajos decididos en los servicios centrales y concentración de las actividades direccionales de alto nivel—, y justamente esa “combinación de dispersión espacial e integración global es lo que ha creado un nuevo papel estratégico para las principales ciudades”¹³.

Otra clave que, como se ha señalado a menudo, resulta imprescindible para entender los nuevos procesos urbano-territoriales es la creciente im-

portancia del papel que asumen los servicios en la organización de la nueva economía. No se trata ya sólo de que exista una importante demanda de servicios por parte de todas las actividades productivas, sino que, más radicalmente, como ha advertido Rifkin, estamos asistiendo a la conversión de toda actividad en un servicio, lo cual lleva consigo la transformación de la naturaleza misma de los servicios: “En vez de convertir en mercancías los lugares y las cosas e intercambiarlas en el mercado, ahora tratamos de asegurarnos el acceso al tiempo y a la pericia de otros y pedir prestado lo que necesitamos, tratando a cada cosa como una actividad o un proceso que compramos por un período de tiempo limitado”¹⁴. De hecho, la práctica seguida por muchas empresas es cada vez más la de regalar los bienes para cobrar después por los servicios. Pero las ciudades continúan siendo el lugar preferencial de la producción de los servicios, en particular de aquellos servicios avanzados, fuertemente dependientes de las nuevas tecnologías de la información, que ahora requieren todas las grandes empresas

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)

para el normal desarrollo de sus actividades. Por eso, cuando se habla del espacio de los flujos como de un circuito de impulsos electrónicos a través del cual discurre la información, conviene no perder de vista que una cosa es la capacidad de transmisión de la información a nivel global y otra las condiciones materiales que la hacen posible. Y entre éstas se encuentra la necesidad de disponer de lugares físicos, los cuales por lo general siguen estando situados en ámbitos urbanos.

LA TERRITORIALIZACIÓN DE LO URBANO

LA NOVEDAD del momento presente no parece estar, por tanto, en el hecho de que, con la anulación de las distancias que es característica de las telecomunicaciones, vayamos a entrar en una época inespacial. Nos encontramos más bien ante un fenómeno distinto, que implica una nueva relación de la ciudad con el territorio o, para decirlo de una manera que me parece más precisa, que lleva consigo una verdadera territorialización de lo urbano. Me quiero referir con

ello al hecho de que la relación de la ciudad con el territorio ha sufrido en las últimas décadas una auténtica mutación, que tiene, sin embargo, una larga historia, a la que he intentado una aproximación en otro lugar¹⁵. Si nos preguntamos por qué cabe hablar de “mutación”, subrayaría muy sintéticamente dos cuestiones. Por un lado, porque la relación de la ciudad con su región —es decir, con su ámbito territorial inmediato— parece disminuir, mientras que aumenta la importancia de las relaciones que interponen ciudades de países y contextos geográficos muy distantes entre sí; vemos así aparecer sobre el territorio una red-archipiélago de grandes polos en la que predominan las relaciones horizontales sobre las verticales. Por otro, porque el “paso del aglomerado a la red” del que ha hablado Dematteis está llevando consigo la dispersión de las actividades sobre el territorio, la periurbanización tanto del espacio productivo como del residencial, y la consiguiente ruptura de la continuidad del espacio urbano que había caracterizado la ciudad compacta. Se está formando así un territorio discontinuo, conno-

454

tado por intensos fenómenos de urbanización dispersa, dentro del cual los tejidos urbanos tradicionales cambian tanto su propia posición como su significado. Especialización y fragmentación aparecen así como dos caras de la misma moneda.

Consideremos, en primer lugar, las nuevas relaciones territoriales.¹⁶ En los siglos pasados fuertemente jerarquizadas del territorio que propusieron en los años 30 del siglo pasado Christaller y Lörsch, asistimos hoy a la progresiva desaparición del mundo bien organizado. La distancia física y la distancia física. Las transformaciones contemporáneas en el mundo de las comunicaciones han privado de sentido a la noción que articulaba y dotaba de una sólida estructura a la visión moderna del territorio y de la sociedad, esto es, a la idea de continuidad. Como ha hecho notar Veltz, “la economía global está inmediatamente presente en la economía local. Las relaciones horizontales entre polos de actividad son actualmente, con frecuencia, más determinantes que las relaciones verticales entre dichos polos y sus periferias, regionales e incluso nacionales”¹⁷. De ahí que la me-

táfora horizontal de los flujos circulantes, con lo que lleva consigo de abolición de las jerarquías, represente infinitamente mejor nuestro presente que las retículas hexagonales christallerianas. Y ello no sólo desde el punto de vista geográfico, sino también desde el punto de vista sociológico, por cuanto la “morfología social” —en el sentido que Halbwachs diera a este término— ya no está únicamente ligada al espacio local; pensemos, por ejemplo, en la multipertenencia territorial de un número cada vez mayor de sujetos, cuando menos en el ámbito de sus relaciones profesionales. Estamos pasando, pues, de un territorio de zonas, netamente delimitado y jerárquicamente estructurado, a un territorio de redes, discontinuo y fragmentado, en el que éstas se entrecruzan y superponen con enorme versatilidad, y donde los puntos nodales de cada red actúan, simultáneamente, como centros direccionales de las respectivas zonas. No obstante, la imagen del territorio en red, si bien ciertamente sugestiva, resulta aún bastante ambigua; hasta donde alcanzan mis conocimientos, no es todavía más que eso: una ima-

gen, que necesita ser precisada. Volveré enseguida sobre ello.

En segundo lugar y en relación con lo anterior, tenemos la aparición de nuevas dinámicas de ocupación territorial, que es necesario inscribir en ese proceso simultáneo de concentración y dispersión antes citado. La movilidad y la ocupación de nuestras grandes ciudades occidentales muestra hasta qué punto la tendencia a la dispersión territorial de actividades tradicionalmente urbanas se ha disparado y afecta

Como ya se ha señalado por diversos autores, un fenómeno tan generalizado, aunque tenga peculiaridades y características específicas según los diferentes ámbitos regionales, obedece sin duda a motivos estructurales vinculados al proceso de mundialización de la economía, a la flexibilización de los sistemas productivos y a la creación de infraestructuras que han permitido la aparición de nuevas formas de la movilidad. Son estos nuevos factores de desconcentración funcional los que han posibilitado y potenciado la mayor difusión de las actividades en el territorio; y es en ese con-

texto en el que hay que situar tanto la *counterurbanization* de la que ha hablado Berry como la *città diffusa* de Indovina. Según Garreau¹⁹, en las centralidades periféricas de nueva creación, las *edge cities* norteamericanas, se concentraban a finales de los 80 las dos terceras partes de los empleos de oficina. En los años 80 se habían creado en los últimos veinte años. En el entorno europeo, el complejo parisino de la Défense y el Canary Wharf en el área de los *docklands* londinense, ambos con una im-

de oficinas, son ejemplos suficientemente conocidos de nuevas centralidades construidas en ámbitos periféricos de grandes ciudades durante los 80; actuaciones similares se han generalizado, en la década de los 90, no sólo en grandes áreas metropolitanas, sino también en ciudades que —sobre todo en comparación con aquéllas— podríamos considerar como ciudades medias, donde se observa que la clara apuesta por la suburbanización de las actividades empresariales y de oficina está generando nuevos territorios del automóvil.

456

 LOS NO LUGARES: ¿HACIA UN URBANISMO DE LAS REDES?

Y ES QUE tanto la tendencia a la dispersión de las actividades, de la que vengo hablando, como la descentralización suburbana resultante, están sin duda posibilidades por la creación de una amplia red de autopistas metropolitanas y la generalización del uso del automóvil como principal medio de transporte²⁰. En ese contexto, los sistemas de la movilidad juegan un papel fundamental en la construcción de esa nueva realidad urbano-territorial y constituyen una nueva red, compleja y sofisticada, en la que se mezclan los medios públicos con los privados, el transporte aéreo con el viario y el ferroviario. Los intercambiadores de transporte, ligados a las estaciones y los aeropuertos principalmente, se convierten así en nodos de actividad que combinan funciones urbanas de diverso carácter y que aspiran a configurar territorios cada vez más uniformes, más “genéricos”, por emplear un término que ha popularizado Rem Koolhaas; de hecho, van resultando cada vez más evidentes las relaciones que se es-

tablecen entre infraestructuras, fragmentación y dispersión. El resultado de esas relaciones resulta ser la proliferación de aquellos espacios de tránsito, anónimos y tecnificados, que se han denominado “no lugares”: “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico —ha escrito Marc Augé—, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar”²¹. Son espacios caracterizados por una urbanidad ausente, que fácilmente pueden entenderse como el correlato físico del espacio de los flujos: lo que en ellos prima no son las relaciones interpersonales que caracterizaban al espacio público en la ciudad del pasado, sino las relaciones de cada uno consigo mismo, mediadas por la profusa señalización de los recorridos y el diálogo silencioso con las máquinas; son relaciones que nos resultan cada vez más familiares y que hoy se dan lo mismo en el metro que en el supermercado o en el cajero automático del banco. En el ámbito de los no lugares la figura representativa de la actividad del ciudadano ya no es la del paseante ni la del *flâneur*,

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (http://www.cadka

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (http://www.cadka

sino la de quien vive permanentemente atado al contestador automático y al correo electrónico, es decir, a la red.

La relevancia que ha adquirido la multiplicación y extensión de las redes de comunicación para la organización de los territorios urbanos contemporáneos —y el esfuerzo realizado para el perfeccionamiento conceptual de los diversos tipos de redes— está tal vez en el origen de la fortuna que ha hecho recientemente el concepto de red. En cualquier caso, las redes han representado un hito importante e importantísimo en el desarrollo de la vida en la ciudad, hasta el punto de que hoy no concebimos la vida urbana sin la existencia de una amplia red de infraestructuras básicas (viario, alcantarillado, abastecimiento de agua, electricidad, telefonía, etc.); es más, según nuestra legislación urbanística, es la existencia de esas redes la que permite clasificar un suelo como urbano. En cierto sentido, cabría decir que el derecho a las redes se ha desarrollado en paralelo al derecho a la ciudad; quede claro, no obstante, que lo que hace el derecho no es más que reconocer *a posteriori* la realidad territorial

de una red, de la que se estima que nadie debe ser excluido. Así, casi sin que nos hayamos dado cuenta, la generalización de las redes ha cambiado nuestro modo de percibir el espacio y, simultáneamente, esa nueva percepción del espacio ha otorgado a las redes un nuevo significado social. Ahí radica seguramente la novedad de la situación a este respecto: se trata de un cambio de perspectiva que ha llevado a que, más allá de su capacidad de resolver el problema técnico del suministro de un determinado servicio, las redes hayan adquirido también un significado simbólico al incorporarse al imaginario de sus usuarios y convertirse en uno de los elementos clave para la configuración de su modo de concebir el mundo. En este sentido, como ya percibió agudamente Raffestin²², la red se ha convertido, para cada actor, en un medio de producción del territorio, por cuanto cada uno, a partir del uso que hace de la red, construye su propio mapa de recorridos y referencias.

No se trata, pues, de negar otras formas tradicionales del territorio, sino de asumir la aparición de una territorialidad diversa marcada por las

458

redes, que de hecho está configurando ya todos aquellos crecimientos urbanos vinculados a las infraestructuras, en un contexto de suburbanización generalizada. ¿Nos hallamos ante un cambio de época generalizado en la conciencia urbana, que ahora valora la movilidad por encima de la comunidad? Todo parece indicar que así es. Hasta hace poco, los urbanistas “preocupados por el buen funcionamiento de estas máquinas conductoras de flujos, que la mayoría estima necesarias en la ciudad moderna, tenían tendencia a recurrir a los técnicos y los ingenieros para tratar estos problemas, sin comprender toda la significación social, la extensión espacial y el interés territorial estratégico de estas redes”²³. Lo que ahora, en cambio, parece imponerse por su propia evidencia es la necesidad de repensar el territorio desde esas nuevas claves. Conceptos como centro y periferia, ciudad y suburbio, sirven cada vez menos para dar razón de lo que sucede en los nuevos territorios urbanizados, allí donde las infraestructuras constituyen el andamiaje básico de la “ciudad contemporánea”: “Es como si, gracias a un extraor-

dinario cambio, la ciudad se hubiese trasladado a las afueras residenciales, exactamente del mismo modo que estas zonas residenciales salieron de la ciudad poco después de que se produjera el [anterior] cambio de siglo”²⁴. Vemos, pues, que a los territorios les está ocurriendo algo semejante a lo que les ha ocurrido a las empresas en la nueva economía de las redes. Al igual que éstas, ante las nuevas posibilidades ofrecidas por las tecnologías de la comunicación, se han visto obligadas a reestructurarse —y no sólo a adaptar, con una estructura inalterada, medios de transporte y de transmisión más rápidos—, así también aquéllos presentan nuevas configuraciones en las que no cabe hablar sólo de un cambio de escala, sino de la aparición de unas dinámicas radicalmente distintas de las precedentes y de una multiplicación de escenarios hasta ahora desconocidos²⁵.

PARA UNA GENEALOGÍA DE LA DISPERSIÓN

PERO SI es posible —y aun necesario— poner en relación la nueva realidad urbano-territorial con

las transformaciones experimentadas por la economía, con mayor motivo habrá que buscar el origen de muchos de los cambios espaciales contemporáneos en los cambios sociales; de hecho, ha sido habitual entender la *urbs*, la ciudad en cuanto realidad física, como una expresión de la *civitas*, la ciudad en cuanto realidad social. Al hilo de cuanto vengo diciendo, parece obligado, por tanto, atribuir a la crisis del modelo moderno de sociedad un peso importante; crisis que, por otra parte, es consecuencia de la modernidad misma o para decirlo con Adorno y Horkheimer, de la dialéctica de la modernidad. El intento moderno de construir un discurso sobre la base de la identificación de lo universal y lo racional, aspiraba en último término a estar en condiciones de realizar una cultura universal y un sistema social en el que esa cultura se hiciera efectiva. Pero, en realidad, la idea de una cultura universal es la de una cultura que, al negar las diferencias en el plano que le es propio, aspira a desmentirse a sí misma en tanto que cultura, para acabar equiparándose con la naturaleza. En esa misma medida ha sido posible

afirmar que la sociedad moderna se apoyaba en un “meta-relato”, cuya deconstrucción por parte de los posmodernos parece querer deslegitimar cualquier afirmación fuerte que se base en la idea de que existe un bien común. Analizar ese proceso de desestructuración de la sociedad moderna, algunos de cuyos epifenómenos son la progresiva privatización de lo público y la absorción de la política por la economía, no es el objeto de estas páginas, pero me parecía imprescindible hacer notar, aunque sea de modo sumario, que la emergencia de una “sociedad de minorías”, en la que resulta cada vez más difícil definir en qué consiste el interés público, está favoreciendo no sólo la aparición de nuevas formas de segregación social, sino también de dispersión espacial, que a menudo no son sino su correlato físico²⁶.

Así, por paradójico que pueda resultar, en el origen de la disolución de la idea moderna de ciudad se encuentra el discurso mismo de la modernidad, que al hipostasiar la sociedad civil en el Estado ha afirmado simultáneamente la absoluta autonomía del sujeto, potenciando un individua-

460

lismo que, cuando menos desde los *philosophes* del siglo XVIII, no ha hecho más que crecer. La incondicional afirmación del yo, del interés particular, es la que finalmente lo ha hecho explotar, provocando la dispersión de una subjetividad que se ve sometida a las múltiples sollicitaciones de la “sociedad del espectáculo”, de un mundo de imágenes vacías cuya única justificación son las exigencias del consumo y el *marketing*: “Cada individuo vive en una pluralidad de escenarios sociales que comparten un espacio físico común. Esos escenarios pueden no estar relacionados entre sí y en cada uno se puede representar a un personaje diferente. Los autores de esos papeles pueden ser, con diferente grado de participación, el individuo mismo, los significantes poderosos que forman el juego de fuerzas escénico o los significantes impotentes que seducen su potencialidad de actor”²⁷. Se trata, en definitiva, de un yo maleable, un *collage* de fragmentos que no cesa de experimentar cambios, siempre abierto a nuevas experiencias: ¿no es algo muy similar a lo que sucede en los territorios fragmentados de nuestras ciu-

dades dispersas? También aquí las nuevas tecnologías están siendo el medio a través del cual esa dispersión de la subjetividad se realiza, de tal modo que es posible afirmar que en la actualidad nuestras esquizofrénicas sociedades contemporáneas “se estructuran cada vez más en torno a una oposición bipolar entre la red y el yo”²⁸. En ese contexto, la formación de coágulos urbanos en un territorio informe puede aparecer –ilusoriamente– como la única posibilidad de construir algo parecido a una comunidad, pues es cierto, como ha dicho Sennett, que “un lugar se vuelve comunidad cuando la gente utiliza el pronombre ‘nosotros’”²⁹. La cuestión estriba, claro está, en saber de qué clase de comunidad se trata.

LA ARQUITECTURA DEL ESPACIO DE LOS FLUJOS

PODEMOS preguntarnos ahora por el aspecto que van adquiriendo las arquitecturas que han de acoger el desarrollo de esas actividades informacionales en el seno de los nuevos territorios urbanos, y por su capacidad para crear lugares donde se

pueda emplear el pronombre “nosotros”, o lo que es lo mismo: un marco que facilite el desarrollo de unas relaciones verdaderamente personales entre quienes trabajan en su interior. Para esbozar una respuesta a esta cuestión acudiré a dos ejemplos, ambos de la década de los 90, que pueden ilustrar en qué sentido es posible hablar de una arquitectura empresarial que represente el espacio de los flujos. Veamos, para comenzar, el caso del centro internacional de negocios de Lille, cuya ordenación urbana se debe al arquitecto holandés Rem Koolhaas. En el origen del proyecto se encuentra una circunstancia singular, que quiso aprovechar la Administración para resituar una ciudad en el nuevo concierto urbano europeo: la construcción del túnel que uniría el Reino Unido con el continente y la ampliación del trazado de la red de alta velocidad (TGV), que convertían de repente a la ciudad francesa de Lille en el centro de gravedad del triángulo Londres-Bruselas-París. Para ello, en un área no lejana al centro histórico, pero profundamente marcada por las infraestructuras, se plantea situar, vinculado a la

nueva estación del TGV, un centro internacional de negocios destinado a albergar una amplia gama de actividades típicamente contemporáneas, en el entorno de un artefacto que funciona como un intercambiador modal de transportes. Ese contexto podría parecer el adecuado “para representar la incertidumbre, para irrigar el territorio con posibilidades, para crear ámbitos susceptibles de acomodar procesos que no admitan la cristalización en formas definitivas”³⁰. Sin embargo, en su aparente renuncia al “mito” del control del espacio por parte de la arquitectura, en su supuesta huida de “las fantasías gemelas del orden y la omnipotencia”³¹, la forma que Koolhaas ha impuesto al lugar no puede estar más sobredeterminada.

A primera vista, el proyecto pretende trabajar con la idea de la densidad, apostando por aquella “cultura de la congestión” que el arquitecto holandés ya reivindicó en su conocido manifiesto sobre Manhattan, titulado *Delirious New York*. El tema se hace explícito en el hecho, fuertemente determinante desde el punto de vista de la imagen urbana, de que sobre el ondulante tejado

462

de la estación de alta velocidad se hayan previsto cinco torres de oficinas, de las que finalmente sólo se han construido dos; pero no se llega a resolver de una manera satisfactoria, a pesar de todo el énfasis puesto en la superposición de usos y formas, de redes y actividades. Así, por ejemplo, resulta difícil entender por qué es necesaria esa inmediatez del espacio de oficinas a la terminal del TGV, cuando luego se obliga al viajero que necesita cambiar de la estación de alta velocidad a la regional a salir al exterior y recorrer un trecho considerable a la intemperie, en una ciudad en la que llueve buena parte del año. El aspecto que presentan los espacios realmente construidos es el de un conjunto de no lugares en los que, a juzgar por el escaso número de transeúntes, la arquitectura no llega a tener la suficiente flexibilidad para adaptarse a la vida. Aun admitiendo que Koolhaas pueda estar empleando la arquitectura como un instrumento de conocimiento, lo que parece evidente es que entre las brillantes y provocadoras imágenes futuristas de sus proyectos y la cruda realidad de los resultados media una considerable distancia: la

que resulta de haber aceptado un tanto frívolamente que “esto es lo que hay”, más allá del aspecto novedoso que en ocasiones puedan presentar sus propuestas.

El otro proyecto que querría comentar a este propósito se encuentra, por muchos motivos, en las antípodas del anterior. No sólo el ámbito de lo *business* teorizado por Koolhaas, ni ha renunciado al control del espacio por parte de la arquitectura; por el contrario, desde un planteamiento casi minimalista, aspira a controlar el espacio, insistiendo más en lo tectónico que en lo conceptual. Se trata de las oficinas construidas por Steven Holl para la empresa *D. E. Shaw & Co.*, que se dedica al mundo de los mercados financieros. En las dos últimas plantas de un rascacielos situado en el centro de Manhattan se han instalado un conjunto de despachos, en los que la herramienta fundamental de trabajo es el ordenador. El carácter intangible de los flujos que discurren por la red se convierte en el hilo argumental del proyecto. La experiencia de la amplia gama de colores surgidos de la mezcla de la luz natural y la producida

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)

por los fluorescentes, emergentes a través de unas incisiones de diversa forma y tamaño practicadas en los muros del vestíbulo de entrada, ofrece una interpretación poética del espacio de los flujos. En un entorno completamente blanco y con una ausencia casi total de decoración, la luz se convierte en el elemento esencial que proporciona cualidad al espacio. La secreta aspiración de este proyecto es conseguir que la arquitectura, a través de la percepción del color y la textura de los materiales, sea capaz de construir un entorno físico adecuado para el trabajo, a la vez que evoca simbólicamente el tipo de actividad que en su interior se desarrolla. En el contexto actual, la de Holl es en cierta medida una “arquitectura de resistencia”, que acepta el reto de devolver a la arquitectura su papel de marco de nuestra vida cotidiana y, en este sentido, es entendida como “un antídoto contra una existencia sintetizada por el espacio de la televisión (...). Tan pronto como apagas tu aparato y encargas comida china por teléfono –ha afirmado el arquitecto norteamericano–, te das cuenta de que estás sentado en un ambiente

asqueroso, que no desaparece sólo porque uno se pueda enchufar a un ambiente completamente artificial”³².

FLUJOS Y LUGARES: POR UN USO RESPONSABLE DEL ESPACIO

ESTAS ALTURAS del texto espero que haya quedado ya suficientemente claro que no creo en ningún tipo de determinismo tecnológico. Por eso mismo tampoco creo que existan cuestiones neutrales o indiferentes al tipo de vida de su incidencia en la vida real de las personas. Los tiempos cambian, pero no necesariamente a mejor. La tecnología tiene un carácter instrumental y su empleo puede –y debe– servir para mejorar nuestras condiciones de vida, pero también cabe un uso irresponsable y perverso de la misma que acaba volviéndose en contra del propio hombre; en el ámbito de la biotecnología hay ejemplos abundantes de ello. El desarrollo de la nueva economía, a través de la creación de un espacio de los flujos, abre teóricamente la posibilidad de desmercantilizar muchas de nuestras relaciones,

464

poniendo a disposición de todos un amplísimo caudal de conocimientos. La tendencia dominante, sin embargo, parece discurrir en otra dirección y la amenaza de una completa mercantilización de la existencia se nos muestra como algo cada vez más real. Y es que, para decirlo con palabras de Alejandro Llano, “tan contundente ha sido el triunfo del neoliberalismo que incluso aquellos para los que no estaba previsto han acabado por creer en sus bondades y reclaman un lugar a la lumbre”³³. De ahí también que, a la vista de las consecuencias sobre el espacio de los nuevos procesos, insista yo aquí en la necesidad de vincular el espacio de los flujos al espacio de los lugares, para evitar que el espacio de vida cotidiana, en las empresas y en las ciudades donde éstas se instalan, se reduzca a lo que los sociólogos vienen denominando la lógica instrumental de la ciudad global, con un casi completo olvido de lo que podríamos llamar la lógica local de la sociedad civil.

En la medida en que el hombre es un ser corpóreo, su experiencia estará siempre profundamente vinculada a los lugares; ignorar este hecho

significa condenarnos a una vida desarraigada y, en último término, irreal (se podría recordar a este respecto —aunque no en un sentido idealista, claro está— la distinción hegeliana entre las cosas que tienen realidad y las que tienen mera existencia). En consecuencia, lo que urge, a mi juicio, no es tanto pensar, como algunos proponen, un futuro virtual que se desarrollará en el ciberespacio, sino más bien intentar comprender cómo inciden los nuevos fenómenos globalizadores en la configuración del espacio físico. Y eso no simplemente por el prurito de explicar lo que sucede, sino para estar en condiciones de usar responsablemente el espacio, encauzando la tendencia a la dispersión a través del proyecto de la ciudad contemporánea. Es una tarea en la que todos, como ciudadanos, debemos implicarnos. Tengo la esperanza de que lo que venga no sea, sin más, la disolución de la ciudad, sino una nueva ciudad que es necesario imaginar y construir. Como en el relato de Italo Calvino, alguien podrá tener la tentación de pensar, viendo la situación de nuestras actuales metrópolis, que “todo es inútil si el último

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)

fondeadero no puede ser sino la ciudad infernal, donde allá en el fondo, en una espiral cada vez más cerrada, nos sorbe la corriente". Y habrá que responderle, también con Calvino, que hay dos maneras de no sufrir esa realidad: "La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse

parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa, y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure y dejarle espacio"³⁴. En la presente encrucijada, a cada uno nos toca elegir.

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)



NOTAS

1 Cfr. Castells, M. (2000), *La era de la información*, vol. 1: *La sociedad red*, Alianza, Madrid, pp. 136-185. Para un amplio análisis del fenómeno de la globalización puede verse Held, D.; McGrew, A.; Goldblatt, D. y Perraton, J. (1999), *Global Transformations. Politics, Economics and Culture*, Stanford University Press, Stanford.

2 Rifkin, J. (2000), *La era del acceso*, Paidós, Barcelona, p. 155.

3 Beck, U. (1998), *¿Qué es la globalización?*, Paidós, Barcelona, p. 16.

4 El impacto de estos cambios en el mundo del trabajo ha recibido interpretaciones diversas e incluso antagónicas. Véase un interesante y crítico enfoque de Rifkin, J. (1996), *El fin del trabajo*, Paidós, Barcelona, y Cohen, D. (2001), *Nuestros tiempos modernos*, Tusquets, Barcelona. Para una lúcida aproximación a las consecuencias en el ámbito personal de las nuevas condiciones laborales, cfr. Sennett, R. (2000), *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona.

5 Llano, A. (2001), "La otra cara de la globalización", *Nuestro Tiempo*, nº 562, p. 14.

6 Rubio de Urquía, R. (2001), "La verdadera naturaleza de la globalización", *Nueva Revista*, nº 75, p. 69.

7 Webber, M. (1976), "El orden en la diversidad: comunidad sin proximidad", en Wingo, L. (ed.), *Ciudades y espacio. El uso futuro del suelo urbano*, Oikos-Tau, Barcelona, pp. 19 y 27; ese artículo, publicado originalmente

en 1964, era la continuación de Webber, M. (1970), "El lugar urbano y el dominio urbano ilocal", en AA. VV., *Indagaciones sobre la estructura urbana*, Gustavo Gili, Barcelona, pp. 73-140.

8 Webber, M. (1970), p. 135.

9 "La ciudad ya no existe, salvo como espejismo cultural para turistas", escribía en 1967 Marshall McLuhan y en la misma línea de discurso se ha situado, entre otros, Mitchell, W. (1995), *City of Bits*, MIT Press, Cambridge (Mass.)-Londres.

10 Para una visión general sobre la relación entre las telecomunicaciones y los procesos espaciales, cfr. Graham, S. & Marvin, S. (1996), *Telecommunications and the City: Electronic Spaces, Urban Places*, Routledge, Londres-Nueva York.

11 Sobre la nueva geografía de la centralidad, véase Sassen, S. (1991), *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton, en especial el capítulo 4.

12 Hall, P. (2000), "Planificación y gestión de la ciudad para la sociedad emergente", *Urban*, nº 4, p. 22; al respecto puede consultarse también Ascher, F. (1995), *Métapolis ou l'avenir des villes*, Odile Jacob, París.

13 Sassen, S. (1991), p. 3.

14 Rifkin, J. (2000), p. 136; algunos datos empíricos en Castells, M. (1995), *La ciudad informacional*, Alianza, Madrid, pp. 190-203.

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)

FLUJOS Y LUGARES. ALGUNAS CONSECUENCIAS ESPACIALES DE LA NUEVA ECONOMÍA

15 Sainz Gutiérrez, V. (2002), "Ciudad y territorio en el mundo globalizado: ¿hacia una nueva configuración de lo urbano?", en Castañeda, P. y Cociña, M. (eds.), *Vivir en un mundo globalizado*, Cajasur, Córdoba, pp. 97-116.

16 La progresiva polarización del espacio económico y sus consecuencias se encuentra analizada en Veltz, P. (1999), *Mundialización, ciudades y territorios*, Alianza, Madrid. La contribución de la geografía a las ciencias del territorio, cfr. Dematteis, G. (1995), *Progetto implicito*, Franco Angeli, Milán.

17 Veltz, P. (1999), p. 60.

18 Una visión de conjunto del fenómeno, con referencia a algunos casos concretos, puede encontrarse en Monclús, F.J. (ed.) (1997), *La ciudad dispersa*, CCCB, Barcelona.

19 Cfr. Garreau, J. (1991), *Edge City*, Anchor Books, Nueva York.

20 Cfr. Dupuy, G. (1995), *Les territoires de l'automobile*, Anthropos, París.

21 Augé, M. (1998), *Los no lugares, espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, p. 83; para una contextualización arquitectónica del discurso antropológico sobre el no lugar, cfr. Montaner, J. M. (1997), *La modernidad superada*, Gustavo Gili, pp. 25-58.

22 Cfr. Raffestin, C. (1981), *Pour une géographie du pouvoir*, Litec, París.

23 Dupuy, G. (1998), *El urbanismo de las redes*, Oikos-tau, Barcelona, pp. 50-51.

24 Rowe, P. (1991), *Making a Middle Landscape*, MIT Press, Cambridge (Mass.)-Londres, p. 30.

25 Un intento entre otros de taxonomizar algunas nuevas formas de crecimiento territorial puede verse en Boeri, S. y Lanzani, A. (1992), "Gli orizzonti della città diffusa", *Casabella*, nº 588, pp. 44-59.

26 Para un estudio de las denominadas "urbanizaciones de interés común" (*Common Interest Developments*), cfr. McKenzie, E. (1994), *Privatopia*, Yale University Press, New Haven. Un caso paralelo al de las urbanizaciones blindadas en el ámbito de las actividades productivas es el de los parques empresariales, que en cierto sentido se refieren a la versión europea del *business improvement district* norteamericano.

27 Choza, J. (2002), *Antropología filosófica. Las representaciones del sí mismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 176.

28 Castells, M. (2000), p. 33.

29 Sennett, R. (2000), p. 144.

30 Koolhaas, R. (1996), "¿Qué fue del urbanismo?", *Revista de Occidente*, nº 185, pp. 8-9.

31 *Ibidem.*, p. 8.

32 Zaera Polo, A. (1996), "Conversación con Steven Holl", *El Croquis*, nº 78, pp. 28-29.

33 Llano, A. (2001), p. 19.

34 Calvino, I. (1994), *Las ciudades invisibles*, Siruela, Madrid, pp. 170-171.

467

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (http://www.cadka

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (http://www.cadka

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)

Cambiado con la DEMO VERSION de CAD-KAS PDF-Editor (<http://www.cadka>)